

JUAN MAURA Y GELABERT

CARTA PASTORAL

3 de marzo de 1901



Biblioteca Saavedra Fajardo, 2011



Transcripción y revisión ortográfica de Miguel Andúgar Miñarro.

Agradecimientos: Don José Manuel Ángel Muñoz.

Edición realizada a partir de: Maura y Gelabert, Juan. *Carta pastoral del 3 de marzo de 1901*. En: Boletín oficial del Obispado de Orihuela, año XIX, 3 de marzo de 1901, n° 26.



NOS, DR. D. JUAN MAURA Y GELABERT,

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Orihuela, etc.

A nuestros amados diocesanos salud y bendición en. N. Sr. Jesucristo.

VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS:

Siempre y en dondequiera vivan los hombres en sociedad, aparecen desigualdades de condición, de bienes de fortuna y dotes de naturaleza, que, por la fuerza misma de las cosas, establecen entre los asociados clases y jerarquías.

Figúrese el socialismo que esas desigualdades son debidas a la pésima organización actual de la sociedad, raíz y principio de todas nuestras desventuras; y que el remedio de ellas está en variarlo todo de arriba abajo, para reconstituirlo sobre la anchísima base de una igualdad absoluta.

Ya rebatimos en general este error en la Pastoral *sobre las desigualdades sociales*; hoy vamos a refutarlo concretándonos particularmente a la *pobreza*.

I.

Hay verdaderamente, A. H., *desigualdades* que dependen de la organización social; y deber nuestro es trabajar para hacerlas desaparecer, a fin de que todos los individuos disfruten por igual, en cuanto cabe, de los beneficios de la asociación humana. Las sociedades modernas, animadas de un espíritu profundamente democrático, han realizado en parte este principio de igualdad; pero, desgraciadamente, han extremado sus consecuencias, dando origen, o cuando menos, motivo y ocasión a las teorías socialistas y comunistas.

Existe además otro género de *desigualdades* que es de todo punto imposible suprimir en ninguna sociedad, cualquiera que sea la base sobre que se nos antoje asentarla. Así, por ejemplo, las facultades intelectuales, por más que se vulgarice la enseñanza, y se difunda y extienda la cultura, ofrecerán siempre muchas y muy notables diferencias, fundadas en los diversos grados de aptitud de cada individuo, resultando de aquí que en el orden intelectual habrá por necesidad desigualdades y condiciones y



jerarquías. Las facultades morales, aun sometidas a una educación esmerada y rígida, y respirando idéntico ambiente, presentarán las mismas o mayores desigualdades, porque hay diversidad asombrosa de caracteres entre los individuos, diversidad y oposición de inclinaciones y temperamentos, que nos hacen ver y apreciar las cosas desde muy diferentes puntos de vista, y, sin violentar el libre albedrío, nos predisponen al bien o al mal, y, o nos ennoblecen y perfeccionan, o nos degradan y envilecen.

Nada diremos de las desigualdades físicas, tan varia y desproporcionadamente repartidas por la naturaleza entre los hombres; porque a la vista están, y nadie ha soñado jamás que puedan ser niveladas.

Ahora bien, A. H.; de estas desigualdades, fatalmente impuestas por la naturaleza, y del todo independientes de la organización social, dimanen males sin cuento que afligen lo mismo a la colectividad que a los individuos, convirtiendo la vida humana en una lucha sin tregua ni vagar, en la que es preciso desplegar mucho valor y gran fortaleza de ánimo para no sucumbir a los repetidos golpes del enemigo.

Al explicaros el *concepto cristiano* de la vida humana, os decíamos que ésta puede compendiarse en las palabras *lucha*, *abnegación* y *sacrificio*. La ciencia positivista acepta el primer término, es decir, la *lucha*, como elemento primordial y constitutivo de la vida, y pretende que en esta *lucha* está la clave para descifrar todos los enigmas, y explicar todos los misterios de la naturaleza; pero suprime la *abnegación* y el *sacrificio*, porque, sobre ser virtudes eminentemente cristianas, mortifican el egoísmo, y refrenan todos los apetitos desordenados. Con todo esto, A. H., por cualquier lado se mire la vida humana, y cualquiera que sea el criterio que se le aplique, habrá que convenir en que la *abnegación* y el *sacrificio* van estrechamente unidos a ella, y la siguen y acompañan como la sombra al cuerpo. Recorred todas las esferas de la vida humana, y no encontraréis ninguna manifestación de ella que no suponga lucha más o menos porfiada, y sacrificio más o menos doloroso. El sabio, el artista, todos los obreros de la inteligencia, luchan y sufren; y su labor sería baldía, ingrata y abrumadora, si no estuviese sostenida y alentada por el espíritu de abnegación y sacrificio. Los que viven consagrados a las rudas tareas corporales, pronto desfallecerían, si este espíritu no les fortaleciera y diese aliento para resistir a las fatigas del trabajo material. Hasta en las cosas más vulgares y prosaicas de la vida se impone frecuentemente el sacrificio, como ley inexorable, de la cual no podemos substraernos.



¡Lástima grande que, estando la *lucha* y el *sacrificio* tan estrechamente unidos con nuestra vida, y formando parte de ella, no se les dé el sentido y el valor cristiano que entrañan! La ciencia atea, rechazando los principios de nuestra fe, se ha incapacitado para comprender que el *luchar* y el *sufrir* son, a un mismo tiempo, castigo impuesto a la humanidad por el pecado, raíz y origen de todo engrandecimiento y de todo progreso. De aquí es que hoy el hombre lucha y sufre, no con espíritu cristiano, no por cumplir con una ley providencial de nuestro destino terreno, no por purificar el alma, y fortalecerla para el combate, y ennoblecerla con la abnegación y el sacrificio; sino que lucha y sufre con espíritu estrecho y mezquino, con fines egoístas y exclusivamente terrenales, buscando en la lucha nada más que la satisfacción de los apetitos y concupiscencias de la carne. Por eso, A. H., la lucha en estos tiempos, si bien es gravemente fecunda en adelantos materiales, resulta pobrísima y estéril en el orden moral, y hasta sofoca y mata el germen de todas las virtudes.

Con tan equivocado y falso concepto de la vida, no es de extrañar que se produzcan tan graves conflictos en el seno de las sociedades modernas, y queden pendientes de solución los temerosos problemas planteados.

Concretemos ya estas reflexiones a nuestro asunto.

II.

Pertenece la *pobreza*, A. H., a la categoría de las *desigualdades*, que ninguna organización ni forma social pueden destruir, si bien podrán modificarlas notablemente, suavizando sus asperezas, y atenuando sus naturales efectos. Tanto las desigualdades del orden intelectual, como las del orden moral y del orden físico, llevan en sí mismas el germen de otras muchas desigualdades de estado y condición, y de jerarquía y fortuna; y en vano será que se pretenda sofocarlo, porque, ni aun en el seno de las sociedades constituidas según el ideal utópico del comunismo y el socialismo, dejará de dar sus frutos naturales.

No hay que pensar, pues, en suprimir la pobreza, puesto que no es posible vaciar en un mismo molde las almas y los cuerpos humanos, para que todos los individuos de nuestra especie resultemos igualmente favorecidos en dotes de entendimiento, en condiciones de carácter y demás dones de naturaleza. En lo que sí urge pensar



seriamente, y trabajar con eficaz y generoso y caritativo esfuerzo, es en aliviar, cuanto sea posible, la pobreza, en combatirla prácticamente, para neutralizar sus desastrosos efectos, y hacerla menos dura e insoportable; del mismo modo que combatimos con el auxilio de la caridad y la ciencia los males físicos, no precisamente para extirparlos, sino para impedir su propagación, arrebatarnos víctimas, y hacer menos sensibles sus estragos.

Ahora bien; ¿cómo se ha de llevar a cabo la empresa? ¿Cuáles son los medios más adecuados para realizarla?

En primer lugar, A. H., es de todo punto indispensable restaurar el *concepto cristiano* de la pobreza, que la falta de creencias religiosas ha tergiversado malignamente, y no, por cierto, para mejorar la condición del pobre, sino para abusar de ella y explotarla. Sin la fe en Dios y en su eterna justicia, claro está que la pobreza es una iniquidad irritante, un cruel sarcasmo de la naturaleza, una desgracia suma, la mayor de todas las desgracias; un estado de oprobio, de opresión y degradante servidumbre, al cual no puede ni debe resignarse el pobre, puesto que no aparece ninguna razón para soportar tamaños caprichos de la fortuna que reparte ciegamente sus favores con desproporción tan inicua y odiosa.

Éste es, A. H., el concepto que de la pobreza tiene formado el pobre, y que desde el punto de vista de la ciencia sin fe y la vida sin Dios, hay que convenir en que es racional, lógico e irrefutable. Los ricos imbuidos, por punto general, en las ideas positivistas, a las cuales rinden fervoroso culto, tampoco aceptan el concepto cristiano de la pobreza; y de aquí que ésta resulte en las sociedades modernas «igualmente odiosa a los que la padecen que a los que la ocasionan y producen», como ha dicho un economista cristiano. Los primeros se desesperan y rabian, y reunidos en sus antros tenebrosos, fraguan planes de exterminio para apoderarse violentamente de las riquezas de que se les priva con tan notoria y manifiesta injusticia; los segundos huyen del pobre con horror, o, a lo menos, con visible repugnancia.

Llevadas las cosas a este extremo, que es cabalmente a donde el error y la pasión las han llevado en nuestros días, la riqueza y la pobreza quedan separadas por un abismo de odios, despechos y venganzas; y permanece cerrada la puerta a toda avenencia y reconciliación entre una y otra. Y claro está que, prolongándose esta situación influida y sostenida por la idea anticristiana, el antagonismo de clases ha de ser, por necesidad, más hondo cada día, y la guerra ha de continuar causando mayores estragos. El rico no



pensará sino en gozar sin límite ni medida, destinando a este exclusivo objeto sus riquezas; y el pobre trabajará con el único fin de proporcionarse los goces de que carece.

En este terreno, y en tales términos, está planteada la cuestión social en nuestros días. Falseado el *concepto cristiano* de la vida humana por la ciencia atea, en el cerebro del rico no se aloja ningún pensamiento levantado capaz de enfrenar sus insaciabiles concupiscencias; ni en su corazón ningún sentimiento generoso que le disponga al sacrificio y a la privación voluntaria. ¿Cómo se quiere, pues, que el rico simpatice con la miseria, y se ponga en contacto con ella para remediarla? ¿Cómo ha de ser posible que el rico se abstenga de los placeres pecaminosos, y ni siquiera de los frívolos y superfluo, para acudir a las necesidades del pobre, o consagre su atención, o lleve su concurso a la solución del gran problema?

El pobre está falto también, gracias a las ideas anticristianas que hoy privan, de toda idea moral que le inspire resignación, y le infunda hábitos de templanza, sobriedad y economía. ¿Qué extraño, pues, que su codicia, espoleada por los derroches y las provocadoras orgías del rico, corra sin freno y desbocada hacia el anarquismo, único medio de lograr sus soñados ideales?

Al punto a que han llegado las cosas, es sumamente difícil torcer el curso de estas ideas, y volverlas a sus naturales y verdaderos cauces. Hoy no se puede hablar de *abnegación* ni *sacrificio*; no se pueden exigir estas virtudes ni al rico ni al pobre; porque os sale de seguida al encuentro la ciencia atea y materialista, y os dice que el *espiritualismo* y el *misticismo* nada tienen que ver con la cuestión social, antes bien son una rémora insuperable para resolverla.

Creemos, A. H., que estará aquí de sobra una breve digresión, bastante oportuna, según entendemos, para aclarar y dilucidar más y más tan importante materia.

Los positivistas pretenden que el Cristianismo, predicando la mortificación de los sentidos, la humildad, la abnegación y el desprendimiento, mata todas las iniciativas y estímulos, ciega las principales fuentes de la riqueza, encoge y apoca el alma, y corta el vuelo al pensamiento, aprisionándole en las redes de un dogmatismo cerrado, intransigente, refractario a toda expansión, y enemigo irreconciliable de todo progreso.

Y lo más grave es que, aun entre aquellos que quieren pasar por espiritualistas y creyentes, no faltan quienes defiendan que las ideas cristianas deben ser recluidas dentro de ciertos límites, porque su libre difusión y su predominio social, crearían obstáculos o pondrían trabas al progreso.



Los que así discurren, dan a bien entender que ni conocen las doctrinas del Cristianismo, ni la naturaleza del corazón humano.

El Cristianismo, lejos de oponerse al racional y legítimo desenvolvimiento de las facultades humanas y al progreso social, los protege y secunda poderosamente. Sus doctrinas acerca de la abnegación, el sacrificio y el desprendimiento, lejos de sofocar los entusiasmos e iniciativas del hombre en lo relativo a la presente vida, los estimula noblemente, y los dirige con gran acierto y sabiduría, para que no se extravíen. La humanidad, obedeciendo al mandato del Creador, trabaja incesantemente *para dilatarse por la tierra y sojuzgarla*; y en esta mansión, teatro de sus grandezas temporales, encuentra el hombre poderosos estímulos para trabajar y progresar, porque los tenemos abundantes y eficacísimos; sino más bien freno que contengan las pasiones y moderen su ansia y sed de gozar. La experiencia lo confirma: ese noble anhelo de progreso indefinido que la naturaleza infundió en nuestros corazones, puede ser principio y origen de nuestra prosperidad, o causa de nuestra ruina, según sea la dirección que le demos. Así es que, cuando las conquistas materiales no tienen más objeto ni otra finalidad que aumentar la suma de placeres, ocasionan muy luego la corrupción de las costumbres, relajan los vínculos de la familia y la sociedad, y abren en la moral innumerables brechas por donde se introducen en confuso tropel todos los vicios.

Aun considerando las cosas desde un punto de vista puramente material y humano, es evidente que en una sociedad cuyos individuos ignoren lo que es la abnegación y el sacrificio, o miren con horror estas excelsas virtudes, forzosamente, dada la condición de nuestra naturaleza, ha de imperar el egoísmo con todas sus intemperancias y tiranías, ha de darse el triste espectáculo de pingües fortunas y capitales inmensos al lado de la extrema pobreza y sus consecuencias naturales, la miseria y el pauperismo.

Síguese de aquí, A. Hijos nuestros, que como antes os decíamos, lo que nos hace falta no son estímulos para el progreso, pues los llevamos muy activos y poderosos en nuestra propia naturaleza, sino freno y dirección para las pasiones, porque ellas cabalmente son, por sus excesos, la causa generadora de los conflictos sociales. Por eso la Iglesia inculca, con tanto ahínco y sin cesar, la ley de la abnegación y el sacrificio, haciéndola derivar del mismo Dios, que la impuso a la humanidad como expiación de sus faltas y medio eficacísimo para perfeccionarse y engrandecerse.



Es más, la Iglesia ha erigido la abnegación, el sacrificio y la pobreza voluntaria en instituciones bienhechoras, que prodigan consuelos inefables a los que sufren, e influyendo positivamente en la cultura intelectual y en todo legítimo proceso, son a la vez ejemplos vivos y permanentes de aquellas hermosas virtudes.

Y, sin embargo, A. H., ya lo sabéis, el mundo no quiere oír hablar de tales instituciones, y las odia y las persigue inicualemente. ¡Como si nuestras sociedades estuviesen sobradas de virtudes! ¡O como si la virtud no fuese un elemento principalísimo y una condición esencial de todo progreso!

No se diga, pues, que el *espiritualismo* y el *misticismo* sean extraños al problema social, y menos aún que sean obstáculo para resolverlo. Se ha afirmado, y nunca estará de más el repetirlo, que esta cuestión es, ante todo y sobre todo, una cuestión moral y religiosa; y, por eso, os decíamos que urge restaurar el concepto cristiano de pobreza.

III.

Ya hemos visto más arriba cómo, eliminadas las ideas cristianas, así el concepto de la vida, como el de la pobreza, engendran natural y lógicamente el egoísmo en los ricos, y la desesperación y el odio en los pobres. Veamos ahora lo que nos enseña la Religión respecto de la pobreza, y las consecuencias prácticas que de esta enseñanza se deducen.

Leemos en la inmortal Encíclica de León XIII, que tantas veces hemos citado: «A los que carecen de bienes de fortuna enséñales la Iglesia a no tener a deshonra, como no la tiene Dios, la pobreza, y no avergonzarse de tener que ganar el sustento trabajando. Todo lo cual lo confirmó con sus obras y hechos Cristo Nuestro Señor, que para salvar a los hombres *se hizo pobre siendo rico*; y, aunque era Dios e hijo de Dios, quiso sin embargo, mostrarse y ser tenido por hijo de un artesano; y aun no rehusó gastar una gran parte de su vida trabajando como artesano *¿No es éste el artesano hijo de María?* Quien este divino ejemplo tuviere ante los ojos, entenderá más fácilmente lo que sigue, a saber: que la verdadera dignidad y excelencia del hombre consiste en las costumbres, es decir, en la virtud; que ésta es patrimonio común a todos los mortales, y que igualmente la pueden alcanzar los altos y los bajos, los ricos y los proletarios; y que solo a las virtudes y al mérito, en quienquiera que se hallen, se ha de dar el premio de la



bienaventuranza. Y no solo esto, sino que a los afligidos por alguna calamidad se ve más inclinada la voluntad del mismo Dios; pues bienaventurados llama Jesucristo a los pobres; amantísimamente llama a sí, para consolarlos, a los que están en algún trabajo o aflicción; y a los más abatidos, y a los que injustamente son oprimidos, abraza con especial amor.»

Infíerese de aquí, A. H., que la pobreza no es sino una de las múltiples formas que reviste el infortunio entre los míseros mortales. Y no tenemos ningún reparo en afirmar que, cuando la pobreza no excede de ciertos límites, cuando no entra en los dominios de la *miseria*, no es, ni con mucho, el mayor de los infortunios que podemos padecer en esta vida.

El pobre que sepa volver los ojos a Dios, y respetar y adorar humildemente los ocultos designios de su amorosísima Providencia, y no eche en olvido el divino ejemplo de Jesús, que voluntariamente abrazó por nosotros la pobreza, vivirá tranquilo y resignado, y en medio y a pesar de sus privaciones, sacar del fondo de su alma energías bastantes para luchar con la suerte adversa; y nada extraño será que llegue a dominarla, si sus esfuerzos están sostenidos por una vida morigerada y hábitos de previsión y economía. «La pobreza, ha dicho a este propósito un economista contemporáneo, no excluye las verdaderas alegrías de la vida, que tienen su origen no menos en los bienes del alma que en los bienes materiales.»¹

Hemos dicho que la pobreza no es el mayor de los infortunios, mientras no entre en los dominios de la *miseria*; porque, en efecto, A. H., es la miseria un gran infortunio, una calamidad terrible, y lo es doblemente, por cuanto su acción destructora se deja sentir a la vez en el cuerpo y en el alma, arrastrándolos por rapidísima pendiente a la depravación y al embrutecimiento. «La miseria, dice el autor arriba citado, degrada al hombre física y moralmente a la vez. En el orden material son consecuencias inevitables de la miseria, no solo la penuria y la privación, sino también la pérdida gradual de las fuerzas, las enfermedades, la degeneración física y la abreviación de la vida. En el orden moral produce el descorazonamiento, el descuido de sí mismo, la indiferencia por todo lo que puede elevar el alma, y frecuentemente la depravación y el embrutecimiento. La miseria es una de las más perniciosas enfermedades que pueden atacar al cuerpo social.

¹ CHAR. PERIN. *De la Richese dans les sociétés chrétiens. tom. Deuxième, livr. VI. chap. 1.*



Es la natural y última consecuencia de toda violación grave y persistente de las leyes en que ha fundado Dios el orden de la vida humana.»²

Repetimos que la pobreza no es el mayor de los infortunios; pero vendrá a serlo inevitablemente, si las ideas cristianas se borran de la mente del pobre; pues, faltando el freno de la religión, y las buenas costumbres, el vicio invadirá las clases desheredadas, y engendrará en ellas la *miseria* con todos sus desastres y horrores.

Todos los economistas, aún aquellos que, prescindiendo de las ideas cristianas, o rechazándolas positivamente, se inspiran en el buen sentido y en la triste realidad de los hechos, están conformes en que la desmoralización de las clases obreras es una de las principales causas del problema social, y uno de los datos que más en cuenta se ha de tener para resolverlo; pues, aunque se duplicase o triplicase el precio de los jornales, y se abaratasen considerablemente los medios de subsistencia, mientras reinasen entre los pobres el vicio y la falta de previsión que hoy reinan, el problema continuaría en toda su integridad y gravedad, tomando cada día mayores y más alarmantes proporciones.

Y, ciertamente, no se necesita haber profundizado mucho en las ciencias económicas, para conocer y comprender que donde impera el vicio, no puede encontrarse orden, ni concierto, ni paz, ni prosperidad alguna, entre los ricos, ni entre los pobres. Y, por el contrario, «las costumbres cristianas, cuando se guardan en toda su integridad, dan espontáneamente alguna prosperidad a las cosas exteriores, porque hacen benévolo a Dios, principio y fin de todos los bienes; reprimen esas dos pestilencias de la vida, que con harta frecuencia hacen al hombre desgraciado, aún en la abundancia, el apetito desordenado de riquezas y la sed de placeres; y hacen que los hombres, contentos con un trato y sustento frugal, suplan la escasez de las rentas con la economía, lejos de los vicios, destructores no sólo de pequeñas fortunas, sino de grandísimos caudales, y dilapidadores de riquísimos patrimonios.»³

Del olvido y menoscabo de las enseñanzas que se nos recuerdan en las palabras que acabamos de transcribir, se ha originado una nueva enfermedad social desconocida en aquellos felices tiempos en que el Catolicismo informaba con su espíritu las sociedades europeas, haciendo circular por todos sus miembros la prolífica y fecunda savia de la civilización y cultura cristianas. Nos referimos al carácter que la miseria reviste hoy bajo el imperio e influencia del positivismo. Las manifestaciones de la

² *Íbid.*

³ LEÓN XIII, *De Condit. Opif.*



miseria eran antes síntomas aislados y pasajeros que, aunque graves siempre, no pronosticaban peligro de muerte para aquellas sociedades; hoy es una enfermedad de carácter, digámoslo así, endémico y contagioso que ha invadido a toda una clase, a la numerosísima e infortunada clase obrera de los grandes centros industriales, en donde la miseria material y la abyección moral, estrechamente unidas, engendran esa terrible y asoladora lepra conocida con el nombre de *pauperismo*.

Los sabios consumen largas vigilias buscando solución a este gravísimo problema social y económico; y a pesar de que la solución no viene, a pesar de que en los horizontes de su ciencia no se descubre ningún punto de donde pueda venirnos la luz deseada, no se dan por fracasados; y continúan con un ahínco y un afán, dignos de mejor suerte, su labor ingrata, obstinándose en no reconocer que todos sus esfuerzos serán estériles y vanos, mientras no reclamen los auxilios de las ideas cristianas.

Oigamos lo que dice a este propósito un insigne orador: «No hay que engañarse... El obrero vicioso no sabe ahorrar, porque no sabe prever ni privarse de los goces; porque no tiene otra razón para ahorrar, sino la razón del egoísmo; y el egoísmo de nuestro tiempo, por lo común no ahorra ni acumula, sino consume y devora. Así, pues, si no le dais al pueblo virtudes, única garantía formal de la economía presente y del capital futuro, nunca llegaréis a ponerla a cubierto contra las invasiones de la miseria. En vano acumularéis el bienestar y el desahogo en el hogar de la familia; en vano haréis nacer y crecer en ella el capital de la riqueza material, si no acumuláis ese otro capital que conserva los demás, y es el capital de la virtud...

Si se prescinde de esto, la economía más sabia, más industriosa y más solícita, no hará más que dar vueltas, juntamente con el pueblo a quien quiere elevar a la felicidad, en un círculo vicioso; círculo terrible, en el que la miseria moral multiplica incesantemente la miseria física, y la miseria física influye a la vez de una manera espantosa en el incremento de la miseria moral.»⁴

Esta miseria, esta abyección moral que, a pesar de tantas conquistas materiales y tantas libertades civiles y políticas, convierte a una clase numerosísima en verdaderos parias de la civilización moderna, era desconocida, A. H., en aquellas edades en que el Cristianismo influía poderosamente en las leyes y las costumbres de los pueblos. Y no queremos significar con esto que el mundo fuera entonces un paraíso de delicias; era,

⁴ P. FELIX, *El cristianismo en presencia del pauperismo*.



como será siempre, valle de lágrimas y lugar de destierro. Pero había en él algo que levantaba al hombre sobre la materia y los sentidos; había esperanzas consoladoras que refrigeraban y fortalecían su corazón, ideales purísimos que le infundían ánimo y alientos para guerrear, y le aseguraban la victoria; y, en las supremas crisis sociales, que no podían revestir entonces los caracteres de gravedad que hoy revisten, había una orientación infalible para llegar a desenlaces beneficiosos para los pueblos. Entonces «los males que lamentaba el mundo, dice un ilustre escritor, eran puramente físicos, puramente materiales. El cuerpo, la propiedad, la libertad material, peligraban, eran atacados, pisoteados, más que no lo son hoy día en muchos países, lo concedemos de buen grado; pero el alma, el corazón, la conciencia estaban sanos, puros, al abrigo de todo ataque, libres de esa horrible enfermedad que hoy los roe... La desgracia, la pobreza, la opresión, que hoy no están menos arraigadas que entonces, no se levantaban contra el hombre como una horrible fatalidad de la cual fuese él víctima inocente. El hombre padecía todos estos males, pero los comprendía; podían abrumarle, pero no le inducían a la desesperación, porque le quedaba la esperanza del cielo; y no se le habían cerrado aún todos los caminos que le conducían desde la prisión del cuerpo a la patria del alma.»⁵

Urge, pues, A. H., retornar a las ideas cristianas, de las que en mal hora se separaron las sociedades modernas; urge que los gobiernos, ya que no secunden, permitan, al menos, la libre expansión de la caridad y demás virtudes cristianas, porque solo cuando éstas se den amigablemente la mano con la ciencia económica, podrá lograrse la solución del problema social.

Pues «la Iglesia, como dice León XIII, por lo que a ella toca, en ningún tiempo ni en ninguna manera consentirá que se eche de menos su acción; y será la ayuda que preste tanto mayor cuanto mayor será la libertad de acción que se le deje; y esto enténdanlo particularmente aquellos cuyo deber es mirar por el bien público. Apliquen todas las fuerzas de su ánimo y toda su industria los sagrados ministros; y, precediéndoles vosotros, Venerables Hermanos, con la autoridad y el ejemplo, no cesen de inculcar a los hombres de todas las clases las enseñanzas de vida tomadas del Evangelio; con cuantos medios puedan, trabajen en bien de los pueblos, y especialísimamente procuren conservar en sí y excitar en los otros, lo mismo en los de

⁵ MONTALAMBERT, *Histoire de sainte Élisabeth de Hongrie, introducción.*



las clases más altas, que en los de las más bajas, la caridad, señora y reina de todas las virtudes. Porque la salud que se desea, principalmente se ha de esperar de una grande efusión de caridad; es decir, de caridad cristiana, en la que se compendia la ley de todo el Evangelio, y que dispuesta siempre a sacrificarse a sí propia por el bien de los demás, es para el hombre, contra la arrogancia del siglo y el desmedido amor de sí, antídoto ciertísimo, virtud cuyos oficios y divinos caracteres describió el Apóstol S. Pablo con estas palabras: *La caridad es paciente, es benigna; no busca sus provechos; todo lo sobrelleva; todo lo soporta.*»

Aquí terminamos definitivamente nuestro trabajo, A. H. Tal vez podamos tratar más por extenso algunos de los puntos que sólo a la ligera y de pasada hemos tocado en estas dos series de Pastorales, si llegamos a realizar, como nos lo proponemos con el auxilio de Dios, el proyecto de decirnos algo sobre la *Democracia cristiana*, siguiendo las huellas trazadas en la última Encíclica del inmortal Pontífice.

Mientras tanto, recibid la bendición que os enviamos en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Orihuela el 3 de Marzo

(2ª Dominica de Cuaresma) de 1901.

JUAN, *Obispo de Orihuela.*

Por mandado de S. S. Ilma. y Rvma. el Obispo mi Señor,

DR. MANUEL BAÑÓN, PBRO.

Secretario.